

El gato

Martina Brenner

Image not found.

Capítulo 1

Voy y vengo, siempre por los mismos lugares. A veces subo por esos lugares que los humanos llaman escaleras, otras me quedo sin más remedio tirado. No tengo amigos, ni siquiera conocidos, de vez en cuando veo a alguien pasar, siempre en el mismo lugar, pero cuando me acerco e intento tener algún contacto con él, se esfuma. Cuando desaparece la sensación es de choque, me choco contra alguien, duele y no entiendo a donde pudo haberse ido.

Mis días consisten en buscar algo, tirarme a dormir y de tanto en tanto lamerme el cuerpo. A veces encuentro una buena pared y no dejo de rascarla hasta que mis garras queden bien afiladas. Sé que es solo por vanidad porque ya hace rato que perdieron su utilidad. En este lugar no hay nada que cazar, con suerte de vez en cuando encuentro algunas migas de comida que dejaron mis dueños antes de irse.

Sigo dando vueltas, pero ya hace rato que dejé de buscar la salida, ahora solo me limito a dar vueltas en círculo para cansarme y dormirme lo antes posible. Ya dejé de esperar a mis dueños, no van a venir, no sé cuanto tiempo pasó desde que se fueron, sé que cuando hablaban de tiempo hablaban de noches y de días. Nunca entendí del todo a que se referían, creo que es algo que tiene que ver con el correr del tiempo y de la luz. Ahora al menos entiendo la primera parte porque me pesa, el tiempo pesa y no pasa más, la segunda no tanto porque mis ojos ven siempre la misma luz.

Creo que estoy pensando demasiado y esto no me compete. Pensar es cosa de humanos y no de gatos.

Acostado, a punto de dormirme escucho algo, movimientos, alguien se acerca... Quién sabe, a lo mejor mis dueños vinieron a buscarme...

Veo una persona, desde ya que no son mis dueños pero sigue siendo alguien. Una chica, una cría de humanos más bien, me mira sorprendida y seguramente yo también la mire así. Empieza a gritar algo que no logro entender pero no parece asustada. Al rato vuelve acompañada de otra cría, las dos me miran y se acercan, sus manos quieren tocarme. Olvidé lo que se siente eso así que les ronroneo y me echo panza arriba. Sus manos me recorren la panza y no puedo evitar ronronear más. También les juego un poco, muevo mis patas y hago girar la cabeza, cuanto más lo hago más contentas se ponen y yo también.

Luego se van pero sé que no muy lejos porque sigo escuchando sus pasos y empiezo a escuchar otras voces, distintas con un tono más grave. Se me superponen todos esos sonidos que ya me había olvidado. Es obvio que ya no soy el único ser vivo en este lugar, hay más vida. Me recuerdan un poco a mis dueños, quien sabe estos capaz me adopten, ojalá. No serán los mismos dueños pero al menos me divierten y lo más probable es que me atiendan porque, después de todo, soy el rey de la casa.

Al rato vuelven con más humanos: el macho y hembra progenitores. Los cuatro me miran mientras discuten algo, ni idea de qué pero sospecho que se trata de mí porque no dejan de mirarme. Parece que la que va ganando la discusión es la hembra progenitora. Siguen un poco más, el macho progenitor ya se retiró y quedan debatiendo la hembra progenitora con sus dos crías.

Estaba en lo cierto: la hembra progenitora gana, ella tiene la última palabra y el resto se calla. Luego las tres se van en fila india a algún lugar, trato de seguirlas pero una de las crías cerró a lo que llaman "la puerta" y no puedo avanzar más. Me quedó acá, ni siquiera puedo ver cómo se van, cosa de encontrarlas después.

Capaz se van para siempre, o solo un rato, mientras creo que me voy a acostar. Acostado me retuerzo y por momentos me hago bolita. Sigo con esa secuencia hasta el cansancio. Todavía no volvieron, capaz solo estaban de paso y no los vuelva a ver.

Me falta el espacio si al menos me no me hubieran cerrado "la puerta" no estaría tan encerrado como lo estoy ahora. Ahora voy de rincón a rincón buscando una salida. Para el colmo tengo hambre, hace días que no como nada, sin embargo solo ahora siento esa sensación en el estómago que me va devorando por dentro.

Cerca de uno de los rincones, noto algo que antes no estaba, algo veinte veces mí tamaño. Puedo asegurar que eso no siempre estuvo ahí, pego un salto y me subo al objeto, a lo mejor esté bueno para afilarme las uñas...

Me queda algo alto y cuanto intento moverme, el objeto que también se mueve. Me veo obligado a salir porque está a punto de venirse abajo. Como me subí me bajo, de un salto. Justo a tiempo, tenía razón, se vino abajo. Seguido del ruido del peso caído, el objeto se abre. Me acerco a ver que es, cualquier cosa que me saque del aburrimiento está bien. Son cosas de humanos, con ellos es siempre esconder: telas que usan para esconder sus cuerpos, hojas pegadas que usan para esconder sus caras o, al menos parte de ella y otros objetos que nunca vi antes, que ni siquiera

reconozco las texturas.

Sigo explorando hasta llegar adentro del objeto, y oliendo llego a reconocer algo que parece ser comida. Unas bolitas de colores, a simple vista parecen comida, sin embargo mi hocico me dice lo contrario pero prefiero no hacerle caso. Tengo cada vez más hambre y ataco las bolitas, me lastiman los colmillos al intentar masticarlas. No importa: cuando hay hambre, hay hambre.

Me las comí todas, creo que no queda ninguna, mi estómago todavía no está satisfecho pero tampoco se queja tanto como hace un rato.

De la nada tengo ganas de dormir, acurrucarme donde sea, noto que mis cuatro patas tiemblan y cualquier momento van a dejar de sostenerme... Insisto en caminar, no quiero que el cansancio me gané, logro salir del objeto y que ahora que recuerdo, creo que los humanos le dicen "valija", creo.

Se me está complicando, mi estómago vuelve a reclamar y me tengo que arrastrar porque caminar ya casi no puedo. Ese dolor que sale de mi estómago se propaga como un parásito que va paralizado mi cuerpo, junto con más dolor.

Me rindo y con lo que me queda de fuerza, me acuesto. Tal vez así el dolor pase. Tal vez en unos instantes pueda moverme como antes. Tal vez, incluso pueda salir de acá. Tal vez mi familia vuelva a buscarme.

Me pesan los ojos. Los cierro. Me dejo llevar por el sueño, ojalá no morirme como las polillas.